Programa Hombres por la Igualdad

Ayuntamiento de Jerez
Igualdad y Salud

VIOLENCIA MASCULINA CONTRA LAS MUJERES
Ponencia presentada por Jose A. Lozoya en
PRIMERAS JORNADAS ESTATALES SOBRE VIOLENCIA MASCULINA CONTRA LA MUJER
JEREZ, 21, 22 Y 23 DE NOVIEMBRE

Hablar de la violencia que algunos hombres ejercen sobre las mujeres, nos obliga a un esfuerzo de reflexión autocrítica.

Es cierto que los hombres no nos parecemos tanto como intentan hacernos creer, pero necesitamos comprender que la violencia ejercida contra las mujeres es un resultado indeseado de la educación masculina.

Es bueno saber que se trata de un proceso que va de menos a más: de la desconsideración y la falta de respeto a la violencia psicológica, física o sexual. Cuando lo vi entendí que aunque nunca he pegado a ninguna mujer, si que he incurrido en múltiples formas de micro violencia que me obligan a estar alerta para no repetirlas.

Si las mujeres mataran cada año a 60 hombres, las veríamos a todas como peligrosas, hablaríamos de un problema de género y entenderíamos porqué se ponen en alerta cada vez que se cruzan con nosotros en una calle solitaria.

Es por tratarse de un problema de los hombres que padecen las mujeres por lo que no puede resolverse sin la implicación de los hombres.

Que seamos hombres los que rechacemos la violencia, demuestra:

- Que las mujeres no están solas.
- Que los agresores no cuentan con la complicidad de una parte creciente del colectivo masculino.
- Que sus actos no pueden presentarse como una conducta masculina normal.
- Facilita su denuncia ante los tribunales y la aplicación de penas.
- Propicia la comprensión y el apoyo a las víctimas, y crea las condiciones para la puesta en practica de planes de prevención

A pesar de esto, el debate sobre la violencia contra las mujeres sigue siendo una asignatura pendiente en el colectivo masculino.

La relación de los hombres con la violencia en general y la que algunos ejercen contra las mujeres en particular, plantea la urgencia de cuestionar los modelos masculinos tradicionales, en una apuesta decidida por avanzar hacia la igualdad entre los sexos.

LA VIOLENCIA

Es quizás la forma más primitiva de poder, y ha sido justificada con todo tipo de razonamientos: biológicos, psicológicos, sociales, económicos, culturales, filosóficos, políticos, militares y religiosos.

Desde la imagen del hombre de las cavernas que arrastra a una mujer por los pelos, la cremación en vida de las viudas junto al cadáver de sus maridos, las leyes de países que permiten a una mujer de la familia por sospecha de adulterio, la violación sistemática de las mujeres del enemigo como arma de guerra, o el aborto cuando el feto es XX, solo son ejemplos que demuestran hasta qué punto las mujeres han sido, y son consideradas propiedad de los hombres.

La primera violencia que sufre una mujer debe ser nacer en un mundo en el que le va a tocar luchar para que no se la discrimine.

La violencia se usa como forma de ejercicio del poder, para resolver conflictos sometiendo al otro (o la otra).

Cuando los objetivos que persigue son evidentes, su denuncia es sencilla y su rechazo cada día mayor. Pero cuando se trata de actos de violencia que consideramos justos o necesarios, como los que llamamos de legitima defensa o las guerras por motivos humanitarios, el consenso se rompe con facilidad.

Lo mismo pasa con violencias cotidianas como el cachete al niño, el piropo a la mujer, o el tiempo libre que conseguimos escaqueándonos de las tareas domésticas.

En estos y otros casos es más fácil identificar la violencia por sus efectos sobre las víctimas que por las intenciones o el grado de conciencia de los agresores. Uno es más responsable cuanto más consciente es de sus actos, pero si hablamos de violencia la responsabilidad tenemos que medirla por sus consecuencias.

Haber sido educados en el manejo de la violencia debería ayudarnos a prevenirla en la solución de los conflictos y a sugerir medidas para que estas conductas no lleguen a producirse.

MASCULINIDAD Y VIOLENCIA

El cazador de las cavernas, los gladiadores, los guerrilleros, o los militares llenan de imágenes la historia de la humanidad (perdón, de los hombres). Una historia de conquistas, resistencia y violencia.

Hasta la división de papeles entre los sexos se nos suele explicar a partir de la fuerza física de los hombres y la función reproductora de las mujeres.

La caza, la defensa del territorio o el clan y la conquista de nuevos horizontes, se nos han presentado, hasta fechas muy recientes, como actividades típicamente masculinas, que requieren destreza en el uso violencia.

Tanto es así que la habilidad en su uso y gestión, es un elemento de la formación de la masculinidad que empieza en la familia y el jardín de infancia. Se trata de un aprendizaje que se desarrolla a través de ritos de iniciación: deportes, peleas, servicio militar o guerras.

Decimos que no queremos hijos pegones pero acabamos animándolos a defenderse, sin aceptar que para conseguirlo han de desarrollar el mismo nivel de violencia que sus agresores.

De los novios se espera que defiendan a su chica del acoso de otros hombres sin comprender que con ello se les regala el derecho a decirles que no vayan provocativas.

Confiamos en que los amigos nos ayuden en caso de pelea a cambio de respaldarlos en la siguiente aunque

la hayan provocado injustificadamente.

Delegamos en los gobernantes la decisión de meternos en una guerra si así lo deciden. Y es curioso ver en tiempos de guerra, como aparecen asociaciones de madres de soldados que exigen su vuelta a casa, y oír de padres que esperan orgullosos las medallas al valor que sus hijos les consigan.

Aunque la masculinidad predominante no nos impregna a todos por igual, todos vivimos a su amparo.

Tenemos que aprender a disociar la masculinidad del valor, el honor, el dominio, la agresión, la competitividad, el éxito o la fuerza, y vincularla a otros valores como la prudencia, la expresión de los sentimientos, la capacidad de ponernos en el lugar del otro, el cuidado y la búsqueda de soluciones dialogadas a los conflictos.

Siempre se puede ser más viril y hay quienes nunca dejan de temer ser cuestionados. La inseguridad que esta posibilidad les provoca, genera la necesidad de probarse y demostrarlo. A veces la manifiestan en forma de prepotencia y excesiva necesidad de reconocimiento. El peligro aparece cuando notar que los hombres estamos perdiendo poder, y se empeñan en seguir actuando como si lo conservaran.

LAS CONDUCTAS VIOLENTAS SE APRENDEN.

Desde niños aprendemos que el método pedagógico más extendido para modificar y encauzar las conductas es el castigo. Tal vez sin percibir que al usarlo estamos enseñando a utilizarlo.

La absoluta dependencia de los padres o tutores convierte la infancia en presa fácil para una gran variedad de agresiones psicológicas, físicas y sexuales en todas las clases sociales.

En la FAMILIA algunas de las formas de maltrato más frecuentes son:

- La retirada del afecto como forma de reprobación de la conducta: “si no haces lo que te digo no te querré”.
- La descalificación personal en lugar de la de sus actos: “eres malo, en vez de “no hagas travesuras”.
- Las amenazas, “a la próxima te enteras”.
- La limitación de la libertad o el cachete que “pedían a gritos”.

En todos los casos se les dice que se les castiga por lo que han hecho, “porque han sido malos”, “porque se les quiere”, “por su bien” y además se les asegura que algún día me lo agradecerás”.

Cuando un hombre que se cree con el derecho a educar y corregir a “su mujer”, aplica esta formula, estamos comprobando lo que puede dar de si.

En la ESCUELA la mitad del alumnado se ha sentido maltratado por sus iguales, ante la impotencia de la institución para evitar el progresivo deterioro del clima escolar.

Los niños son con más frecuencia protagonistas y víctimas de la violencia física, tanto de parte de sus iguales como por parte del profesorado.

La violencia en la escuela es una conducta masculina a la que se van incorporando las niñas, a la misma velocidad en que van interiorizando como propio el modelo masculino.

La única forma de invertir este proceso que se me ocurre, pasa por la educación de todo el alumnado en los

valores asociados a los modelos femeninos antes mencionados: la prudencia, la expresión de los sentimientos, la capacidad de ponernos en el lugar del otro, el cuidado y la búsqueda de soluciones dialogadas a los conflictos.

Aún conociendo la falta e formación específica del profesorado, cuesta entender que provoque más alarma ver a dos niños besarse con frecuencia (una expresión de afectividad) que las peleas entre ellos.

La dictadura de la PANDILLA. A los jóvenes “el qué dirán” sus amigos les importa tanto o más que a sus padres la opinión de familiares y conocidos.

A estas edades resulta vital para la propia autoestima el reconocimiento de la virilidad por parte de sus iguales, pero este objetivo exige cierto grado de demostración, que les obliga a poner a prueba su valor, asumiendo riesgos y estando dispuesto a defender al grupo, si es necesario por medio de la violencia.

Los políticos, nos presentan la violencia como un recurso de la diplomacia y la justifican como actos de legitima defensa o acciones encaminadas a evitar males mayores. Es difícil defender la solución dialogada de los conflictos oyendo hablar de guerras preventivas.

VIOLENCIA MASCULINA EN EL ÁMBITO DOMÉSTICO

La agresión sádica, repetida y prolongada se produce cuando la víctima es incapaz de huir, circunstancia que se da con demasiada frecuencia en la intimidad de la familia. Un maltrato tolerado hasta fechas muy recientes, salvo en situaciones extremas en que eran calificados como crímenes pasionales.

Las víctimas son siempre los miembros más débiles de la familia: hijas e hijos, abuelas y abuelos, las mujeres. Y los victimarios, casi siempre los padres.

Tanto es así que tenemos muchas más posibilidades de ser o haber sido maltratadas física o psicológicamente por alguien querido, por ser de nuestra propia familia, que por un desconocido.

SOBRE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

La desigualdad entre los géneros difiere de otras como las de clase o raza, a causa de la sexualidad, porque la mayoría de los hombres y las mujeres comparten su vida intima.

Los agresores se definen en términos de SEXO (hombres), GÉNERO (con una idea de la masculinidad tradicional muy asumida), y EDAD (adultos.)

El elemento básico para que se produzca maltrato es la desigualdad de poder, esa capacidad para decidir, hacer y autoafirmarse, y también para controlar la vida o los actos de los demás.

La ecuación “protección por obediencia”, se manifiesta en desigualdades que influyen en el grado de autonomía económica, de libertad subjetiva y real, y de lo que cada parte se cree con el derecho de esperar o exigir de la pareja.

Cuanto más identificado esta un hombre con el modelo masculino tradicional mayor será la posibilidad de que vea cuestionada su virilidad y que busque soluciones que recuerden a su pareja quien manda en casa.

TIPOS DE VIOLENCIA

La violencia contra las mujeres es un proceso que generalmente empieza por los micromachismos, y sigue con la violencia emocional, el maltrato físico y las agresiones sexuales. Un proceso que debemos recordar al analizar cualquiera de estas conductas.

Hablo de agresión, coerción o violencia sexual en lugar de abuso, porque en sexualidad no existen usos lícitos, sino prácticas convenidas o agresiones injustificables. Hablar de abuso es una forma de diluir y atenuar los hechos y las responsabilidades. El temor a sufrir esa experiencia provoca una gran perdida de autonomía.

AGRESIONES SEXUALES A MENORES.

Las niñas y los niños victimas de agresiones sexuales son legión. El victimario es casi siempre un hombre conocido y con frecuencia de la familia. Por eso el mensaje tradicional que dice “no te fíes de los desconocidos” los deja desprotegidos ante los conocidos. Es preferible enseñarles aquello de “ni un besito a la fuerza”, que no duden de sus sensaciones y que cuenten a la persona de su familia en la que más confíen cualquier suceso desagradable, con la convicción de que van a ser creídas o creídos.

MITOS SOBRE LOS HOMBRES QUE EJERCEN VIOLECIA

La dificultad para entender la violencia contra los seres queridos nos puede llevar a buscar explicaciones (locura, alcoholismo,..) que en ningún caso reducen la responsabilidad del agresor en los planos personal, social y jurídico. El privilegio del fuerte es que puede elegir entre hablar o irse, y la responsabilidad del agresor que decide pegar.

Tampoco podemos echarle la culpa a la cultura machista. Porque aunque todos nos hemos educado en ella y necesitamos cambiarla, no todos pegamos.

LA EDUCACIÓN SEXUAL DE LOS HOMBRES

Juegos infantiles consistentes en levantar las faldas de las niñas (que no pocos padres ven como un síntoma precoz de heterosexualidad de sus hijos), están en la base de actitudes que llevan a los hombres a interpretar la negativa de una mujer como un quizás y un “quizás” como un si, si se insiste. Hay hombres que llegan a creer que aunque digan “NO” lo están deseando, y que la que ha consentido hasta un punto está obligada a llegar hasta el final.

A través de este tipo de mensajes y la influencia de la pornografía, los niños llegan a creerse en el derecho y hasta la obligación de mostrarse sexuados, tomar la iniciativa y mostrarse insensibles o resistentes a las dificultades que plantee la conquista, convencidos de que la mujer tiene un deseo genérico de hombre (de pene), “que tiene ese que no tenga yo”.

Viven la seducción como un proceso de conquista-resistencia en que lo correcto y lo incorrecto parece depender de una difusa cuestión de grados, de la subjetividad femenina y de una adecuada capacidad de control del hombre.

LA PREVENCIÓN.

Si conocemos a algún agresor o a alguien que puede llegar a serlo. Hemos de saber que necesita ayuda, y si nos importa tenemos que hablar con él, escucharlo, responsabilizarlo y hacerle ver lo urgente que es acabar con el maltrato, aunque no pueda salvar su relación de pareja. Que busque ayuda especializada, con independencia de lo que haga su pareja. Si no nos escucha solo nos queda ayudar a su mujer.

No hay nada de imaginario en los malos tratos y las agresiones sexuales. El daño físico y los trastornos emocionales que provocan son demasiado concretos, profundos y duraderos, para no llamar a combatirlos con todas las armas de que dispone la sociedad.

Un buen antídoto contra la violencia parecen ser implicar a los padres en la crianza de sus hijos e hijas, enseñar a las criaturas a atender sus propias necesidades y a compartir responsabilidades en el hogar, a expresar los sentimientos y a pedir ayuda.

Aún así el mejor antídoto contra la violencia es el proceso de emancipación de las mujeres y la conciliación de la vida laboral y familiar, porque acelera la crisis del sexismo.

Los modelos igualitarios se prestan más a relaciones libres que incluyen la posibilidad de independizarse en el momento en que la relación se deteriore.

Los grupos de hombres sirven de referencia a quienes intuyen la necesidad del cambio frente a quienes lo viven como una pérdida de privilegios.

La existencia o no de un Programa de Hombres (estatal, autonómico, provincial o local) es lo que mejor expresa hoy el grado de voluntad política real, por incorporar a los hombres a la lucha por la igualdad de género, e implicarlos en la prevención y erradicación de la violencia masculina contra las mujeres.